

I Jornadas Patagónicas de Estudios Trans-Queer-Feministas

“Cuerpos en lucha: (bio)política y activismos sexodisidentes en tiempos de precarización neoliberal”

Panel "Cuerpo, territorio y autodeterminación en Patagonia"

Hoy, a 4 años del asesinato aun impune de Rafael Nahuel, de Santiago Maldonado, y del reciente ataque a los lamgen del Lof Quemquemtrew, a Elias Garay yem y del intento de asesinato a Gonzalo Cabrera, la tríada cuerpo-territorio-autodeterminación se resignifica. Por un lado, exagera cada uno de los sentidos que expresa, los vacía de esa posibilidad de determinación, vacía la existencia misma y demuestra la extrema precarización y vulneración de la vida. Por otro lado, la pérdida de más lamgen por la represión del estado y/o por fuerzas paramilitares (comprendiendo que ambas se co-producen y habilitan), nos hace repensar profundamente las implicancias, motivos y modalidades

de lo que llamamos “lucha”, que además entrelaza el *cuerpo* con el *territorio* y con la *autodeterminación*. Cada lastimosa muerte y repudiable asesinato de lamgen es efecto de la necropolítica, de la política de la muerte, que es selectiva, racista y sexista, y que a partir de esa interseccionalidad que opera en determinados cuerpos como opresiva, y por el interés de determinados territorios, nos vuelve matables.

Quiero abordar esa tríada desde una perspectiva mapuce feminista o feminista mapuce. Constituye un debate, o muchos desacuerdos incluso, si podemos hablar de un feminismo mapuce, porque la primera objeción es la que señala que feminismo es una invención eurocéntrica, wigka. Pero sorteando ese supuesto origen, el feminismo reclama relaciones justas de género, las dimensiona como políticas y como constitutivas de las relaciones sociales. Esa

es la base indiscutible. Y habrá quienes objetarán diciendo que los Pueblos originarios ya tienen esas bases en sus cosmovisiones, pensamiento; y que en ese sentido no es necesario adscribirse a tal movimiento o etiqueta. Pero la realidad es que las desigualdades tanto internas, dentro del Pueblo Mapuce, como los sometimientos desde “afuera” están presentes y son históricas. Y son históricas porque han sido dispositivos claros de coerción, aunque silenciados.

Y esa es nuestra responsabilidad como mapuce feministas. Visibilizar esos mecanismos que sigilosamente (o no) fueron destruyendo parte de nuestras relaciones, entre mujeres y hombres, entre hombres, también con otras identidades no binarias o diversidades sexo-género.

O sea, si no interpretamos el genocidio perpetrado sobre nuestro Pueblo en términos de género, ¿cómo podemos entender las violencias sexuales de las campañas militares? ¿que no tiene registro en fuentes, obvio! Pero sí está en la dolorosa memoria colectiva; Sin el género, cómo podemos entender la división sexual del trabajo cuando se proletarizó a nuestra gente, o que los hombres se hayan insertado en trabajos de fuerza/pesados y las mujeres en servicio doméstico, también pesado!? ¿Cómo podemos entender, sin el género, la frecuencia de situaciones de violencia de género (física, sexual, simbólica, económica) en nuestras familias? ¿Cómo podemos entender el rol fundamental del cuidado (a cargo de las mujeres) no sólo para la reproducción de la vida, sino para por ejemplo el levantamiento como Pueblo (aunque habitualmente “atrás”)? ¿Cómo podemos entender que a las mujeres se les

atribuya un lugar fundamental en la transmisión de saberes, del mapuce kimvn, y también la defensa territorial y la responsabilización de las resistencias anti-extractivistas? ¿Cómo podemos entender sin el género la producción de ciertas masculinidades mapuce -tanto desde adentro como desde afuera- (weycafe, guerrero, el que pone el pecho, el cuerpo, el que se banca los atropellos del estado, de las fuerzas) y el menosprecio de otras?

Cuerpo

Entonces con esos puntos de partida que retomaré, quiero preguntar, preguntarles:

¿Qué es el cuerpo desde una perspectiva feminista mapuche/mapuche feminista?

¿Es materialidad? ¿Es performatividad? ¿Es norma? ¿es integralidad/interrelación? ¿qué cuerpos podemos concebir desde

un pensamiento mapuche feminista, sólo los nuestros? ¿es el cuerpo trayectoria de vida? ¿es el cuerpo experiencia? ¿es el cuerpo subjetivo? ¿Es individual? ¿Es colectivo?

+ Se me hará inevitable abordar esas preguntas sin remitirme a veces a mi propia trayectoria, de mi propio cuerpo. Esto conduce a una posición/posicionamiento situado, político, temporal, territorial, con asunciones específicas, a partir de la resurgencia mapuche que atravesé y atravieso, como un proceso sostenido, inacabado, inacabable.

+La crítica feminista (a través de mi formación en antropología y estudios de género) fue la que me dio lugar a volver, despertar, resurgir.

“Reconocer”/autoreconocer no me es suficiente ni me fue suficiente, porque no conocía, no tenía la conciencia, no era que lo negaba, no formaba parte de mi subjetividad ese saber.

En cambio, la “resurgencia” remite a un acto de algo que está ahí, y que emergió, mediante un -primero- doloroso e incomprensible proceso que quiere animarse, que busca comprender y poder

nombrar: por un lado, los silencios y silenciamientos heredados en la propia genealogía, pero también las responsabilidades (políticas, coloniales, estatales, sociales, aunque también subjetivas/personales) de ello.

+La resurgencia evidencia que antes de que acontezca, nuestros cuerpos mapuche son silencio/ son silenciamiento. Que son cuerpos incómodos, marcados y nombrados externamente, cuerpos confundidos, y quizás carentes de entendimiento de su propia existencia. No digo que todos sean así, hay experiencias variables. Hablo del proceso de resurgencia y del cuerpo que estoy mirando, que me interpela, y que creo interpela (o no todavía) a las mayorías.

+Retomo producciones teóricas-activistas de indígenas de las Primeras Naciones en Canadá, donde la “Resurgencia indígena” para Leanne Betasamosake (2017) es una práctica subjetiva, individual-colectiva, cotidiana y con expresiones diversas, aunque ella se centra en las estéticas y artísticas. Las resurgencias son en sí mismas descolonizadoras y reconfiguran patrones de pensamiento y acción aunque, como sostienen Taiaiake Alfred y Jeff Corntassel (2005), no hay un modelo predeterminado ni pasos definidos para

que las personas marquen como “hitos hacia la libertad”. Las resurgencias también son actos cotidianos, son prácticas de la vida diaria.

+Agrego, además, que las resurgencias con sus múltiples y particulares influencias –emocivas, académicas, políticas, feministas, como las mías– posibilitan nombrar y comprender la mapuchidad, –la identidad, y podríamos decir el cuerpo– como un proceso, como movilidad y como movimiento. No como estabilidad, fijeza, esencia.

+entiendo la “mapuchidad” como un proceso que más que referir a la clásica “adscripción y autoadscripción” como mapuce, implica una reflexividad sobre las marcaciones y movilidades implicadas en el ser mapuce, además de las resurgencias.

+Pero me quiero detener en las movilidades, más que en las marcaciones externas (de otros hacia una/une), también para ir dando lugar a la dimensión del “**territorio**”. Un sentido de las movilidades es que implica movimientos socioespaciales, desplazamientos más o menos forzados, familiares o propios, que

han provocado identificaciones y des-identificaciones como mapuce. O sea, no sólo se trata de mi movilidad, sino de las múltiples movilidades de quienes completan mi genealogía.

+como si en cada movilidad espacial, aunque también social, cultural y económica, sedimentara una capa de silencio sobre otra, previa, y en relación a distintos factores, variables según su localización, pero como parte de un continuum colonial-estatal racista que acontece en siglos de despojo.

+ sin embargo, en el devenir de los silenciamientos, el borramiento de nuestros cuerpos se muestra imposible para la racialización y para el esencialismo cultural y biológico de una etnicidad que, además, simula no tener color o raza.

+Es decir, los marcos de producción de la diferencia étnica-racial no habilitan a dejar de ser mapuce ni a silenciar plenamente la marcación de una identidad/otredad. Sin embargo, tampoco habilitan la resurgencia, y a performativizar la mapuchidad, con finalidades y performances múltiples. Cuando nos acusan de

truchos, de falsos mapuches...de invención: ¿de ser cuerpos inventados?

Territorio

+decimos, que esas movilidades ocurren predominantemente en territorio mapuche. Pero el “territorio mapuche” no puede ser considerado como una entidad inmutable en el tiempo, por las efectivas transformaciones prehispánicas, –y avasallamientos– coloniales y estatales, reflejadas en las dimensiones cartográfica, sociopolítica y organizacional, así como por las reconstrucciones y resignificaciones que han hecho la política y reivindicaciones mapuce de lo territorial.

+Pero más allá de eso, y observando las movilidades históricas de nuestra gente, ha sucedido en territorio ancestral mapuce o en el Waj Mapu una “diáspora” (entendida como dispersión, pero también como la búsqueda, evocación o nostalgia de un origen). Hay discusiones sobre cómo entendemos los desplazamientos del pueblo mapuche. En Gulumapu hay un uso más frecuente, sobre

todo para nombrar la migración a ciudades como Santiago y el éxodo de territorio mapuche.

+La diferencia acá es que la diáspora sucede en territorio mapuche, y los orígenes son múltiples, además de que también “resurgen” otros en los procesos de recuperación territorial.

Hace años escuché de mi ñaña Lore que “nadie volvió al lugar de donde lo sacaron” (a su “origen”). Entonces la resurgencia mapuce implica preguntarse ¿a dónde o a qué sí se puede volver? ¿qué requiere esa vuelta? ¿y qué implicancias tiene?

+Aquí hay controversias, encuentros y desencuentros de qué cuerpos-territorios se habilitan a “volver”, cuáles se permiten, se aceptan, o cuáles “fallan”; cuáles se reprimen.

+ Por otro lado, en relación a la vinculación más explícita del cuerpo con el territorio, es una idea fuerza/concepto que hizo converger luchas indígenas y feministas, así como otras (ecologistas, campesinas, afro); amplió la dimensión subjetiva- la extendió al territorio que la contiene e integra. Permitió un pasaje, fluctuante. No sólo por esas dimensiones articuladas, sino porque

existe un continuum entre los cuerpo-territorios en espacios que se muestran como escindidos, fragmentados, como lo rural y lo urbano.

+ Esa diferenciación espacial rural-urbana, podría estar clara en el paisaje, aunque no siempre, se aprecia según cómo percibamos el espacio. Pero lo problemático es que esa división tiende a desconectar procesos o peor aun, a deslegitimar luchas. Porque sostenemos y vivenciamos como mapuce, no sólo que nos hemos venido a las ciudades, nuestras familias, nuestrxs ancestras, sino que la avanzada estatal y genocida ha instalado ciudades en territorio mapuce. Y en esa imposición hemos quedado fragmentadas, es cierto. Nos remitimos, a veces, a un origen, “al campo”, o a quienes han quedado allí, o a quienes han retornado. Pero a veces no hay lugar al que volver, ni referentes. Sin embargo, continúa operando en los discursos no sólo una vara wigka que mide la veracidad de las resurgencias, recuperaciones o resguardos territoriales, sino también una legitimación/deslegitimación interna de las luchas que se llevan a cabo según qué territorio?

Entonces ¿Qué es estar en territorio? ¿Estar en la periferia de las ciudades no es estar en territorio? ¿Estar reclamando la restitución territorial y reparación histórica como le sucede al lof Newen Mapu que hoy en día integro, cercano a un basurero petrolero en la ciudad, no es estar en territorio?

+Esas posturas descuidan que las relocalizaciones que tuvieron nuestras familias están también marcadas por el género, a través de procesos estatales y capitalistas, que son hoy en día los que avanzan otra vez sobre los territorios que antes consideraron alejados, despoblados, improductivos, desérticos, rurales.

+la resurgencia mapuce feminista también es asumir que estar en territorio también es considerar que esas conexiones fueron borradas, fueron silenciadas, también para fragmentar a nuestra gente, para borrarla, para relegarla y esencializarla en la ruralidad, o cuestionar o desconfiar de la mapuchidad en la ciudad despolitizándola.

+ Los usos y convergencias que han hecho los feminismos sobre la idea de cuerpo-territorio son ejemplos de que las defensas

territoriales y de la naturaleza se han “desplazado” a la ciudad, referenciando, replicando y aliándose con las resistencias de otros territorios “rurales”, pero articulándolas con las problemáticas propias de la urbanidad. Y en esto hay una larga historia de las mujeres en la organización de base, que ha consolidado un feminismo popular, aunque también de quienes no se nombran así, de mujeres mapuce, o que no se nombran así, que han sostenido el cuidado, el sostén de sí mismas, de les hijes, de las familias, a pesar de tanta precariedad, y de todos esos procesos antes nombrados.

+el eco de esas luchas por la reproducción de la vida y la convergencia con otras formas de resistencia son prácticas, nos articulan de manera concreta, pero también son simbólicas, tendientes a hallar el reconocimiento de que somos las mismas: las que nos nombramos, las que no nos nombramos (aun, ese es mi deseo); o quienes estamos “en las ciudades”, porque hemos migrado, o sido desplazadas forzosamente, por el capitalismo, por el genocidio, por las violencias de género y sexuales.

Autodeterminación

Y quiero terminar con el tercer aspecto de la tríada, la autodeterminación, haciendo especial énfasis en las violencias de género y sexuales no sólo atravesaron y atraviesan los cuerpos, sino que han configurado y repercutido también en la identidad.

+Algunas teorías decoloniales dicen que el género, o la opresión de género es una invención colonial. Los feminismos comunitarios ya han abonado a esa discusión, hablando del patriarcado ancestral, o los decoloniales a “patriarcado de baja intensidad” por ejemplo. Esa discusión responde a muchas especulaciones, posibles, políticas, en las que prefiero no entrar, porque lo que nos preocupa, acontece es lo que sí podemos constatar, lo que nos violenta y ha violentado.

+ es decir, podemos decir (y especular) que el maltrato a los hombres y mujeres en las campañas militares (para remitirnos a un

proceso más reciente) transmitió, marcó y enseñó violencias, que se absorbieron, que se volvieron efecto de tanto despojo, manifestado en el alcoholismo, en la violencia física, sexuales.

+y en ello, no sólo estamos denunciando y reclamándole igualdad a los colonizadores, sino también a nuestros “pares”, a nuestros wenu, y porque somos críticas y conscientes de que todos los avasallamientos contra nosotres nos han debilitado, que hay procesos históricos concretos, genocidas, esclavistas, que han producido mucho daño, incluso en niveles muy íntimos

+pero también debemos señalar las responsabilidades que tenemos en reparar, en repararnos. Y eso comienza con la crítica a esos procesos, y ahí reside una posibilidad de **autodeterminación** de la que poco se ha hablado en los pueblos originarios y en el pueblo mapuce.

+y que no tiene que ver con una cuestión de las mujeres, o con una autodeterminación específica, distinta a la libredeterminación política, cultural, territorial, quizás más problematizada y exhibida, anhelada, aunque derrumbada cuando matan a una de nosotres, cuando aplican esa superioridad/derecho soberano de dar o quitar la vida.

+Implica a todas las relaciones de poder, que al final son formas de relacionamiento genérico, también en algunos casos se evidenciarán como interseccionales.

+ Pero una vía para esa autodeterminación es, por un lado, nombrar, ponerle palabras a las violencias presentes en nuestras genealogías, que desintegraron las relaciones familiares y que afectaron, de modos diversos, subjetivos, y también concretos, el retorno al “origen”.

+Y, por otro lado, hoy, ahora, en este presente, la autodeterminación implica romper los silencios, los silenciamientos múltiples, entremezclados, entrecruzados, y que esto signifique en sí mismo una vía reparadora.

+me han señalado en mi organización que la reparación histórica le compete a los estados hacia nuestro pueblo, que en todo caso como mapuce podemos tener actos reparadores, restauradores, entre nosotros. No creo que una cosa excluya a la otra, creo que, sin la reparación interna, íntima, es hipócrita y machista exigir la reparación histórica.

+ambas son políticas, ambas son urgentes, ambas deben apuntar a lo que el genocidio hizo con nuestros cuerpos, corporalidades, subjetividades, relaciones, colectividades, deseos, sueños.

+Y lo que continúa haciendo. Porque las resurgencias tienen consecuencias, íntimas, materiales y relacionales que incluso pueden costar la vida, como le sucedió en este territorio a Rafael Nahuel cuando, otra vez, fue el Estado el que reguló la vida mapuce. Como le sucedió a Elías, cuando parece ser un para-estado el que arremete de manera cruenta e impune.

+debemos como mapuce, como mapuce feministas, como feministas, como científicas sociales, como universidad, como sociedad, acompañar, promover y dar comprensión a los procesos de resurgencias que están emergiendo y que seguirán emergiendo con cada vez mayor fuerza.